

LO PEQUEÑO ES ESTÚPIDO. Un llamado de atención a los verdes

Wilfred Beckerman. Madrid: Debate, 1996. 286 p.

Isaías Tobasura Acuña
Profesor de la Universidad de Caldas

Frente a la generalización de los problemas ambientales y a la mayor sensibilidad ambiental de los estados y del público en general han surgido diferentes corrientes filosófico-políticas, las cuales han venido incidiendo, cada vez con más peso, en la forma como los países asumen y enfrentan la crisis ambiental. Los movimientos 'verdes' en este nuevo escenario han emergido como adalides del entorno con propuestas draconianas para evitar una supuesta catástrofe ambiental que se avecina.

Sobre los supuestos efectos a largo plazo del calentamiento global, la destrucción de la capa de ozono, la pérdida de la biodiversidad, estos profetas del apocalipsis proponen adoptar el 'principio precautorio' y, en vista de que vamos a agotar los 'recursos limitados', optar por un 'desarrollo sostenible', o más drásticamente, por un 'crecimiento cero'. La invocación permanente de estos dos latiguillos consigue presionar a los gobiernos para que adopten políticas medioambientales caras, ineficaces y diseñadas a toda prisa, las cuales normalmente suponen una intervención injustificada en el funcionamiento de las libres fuerzas del mercado.

Respecto al 'desarrollo sostenible', Beckerman arguye que hay una sobrevaloración de éste, lo cual conduce a los gobiernos a ejercer políticas en favor del entorno y de las futuras generaciones, imponiendo cargas innecesarias a la generación actual. A propósito, una política de 'desarrollo sostenible' implica un triple conflicto de intereses: el conflicto intergeneracional, que propicia actuaciones en favor de las generaciones futuras y en detrimento de las actuales; el conflicto de intereses intrageneracional en cualquier sociedad, que privilegia los intereses y las preferencias de los ricos, en contra de los intereses y las necesidades de los pobres; y el conflicto de intereses internacional, que favorece a 'los países del norte' y afecta a 'los del sur'.

Detener el crecimiento de los países pobres, como proponen algunos radicales del ecologismo naturalista, condena a una gran mayoría de la población a continuar sumidos en la miseria, sin acceso al agua potable, a la sanidad, a la nutrición y, en general, a no disponer de las mínimas condiciones para satisfacer su bienestar. Esto me permite hacer un llamado de atención a los ambientalistas defensores radicales del medio ambiente en los países pobres, aquellos que se rasgan las vestiduras porque se tala un árbol, un pez naufraga en cualquier riachuelo moribundo, o la paloma de la paz cae moribunda en la plaza mayor... mientras miles de niños, de jóvenes y de adultos mueren de hambre, son azotados por las pestes, o sufren los rigores de la naturaleza. Los discursos y modas ambientalistas de 'los países del norte' antes de ayudarnos a encontrar los verdaderos caminos para resolver nuestros problemas ambientales, lo que hacen es crear confusión y cambio en las prioridades que deben dar el estado y la sociedad en su conjunto a esa problemática.

Por lo que atañe al calentamiento global, los ambientalistas radicales acuden al 'principio precautorio', según el cual frente a la posibilidad, por remota que sea, de algún desarrollo catastrófico, una política prudente requiere que se adopten las actuaciones necesarias para prevenirla. Frente a la incertidumbre que existe con relación a lo que pueda ocurrir con el clima en el futuro no quedaría más remedio que: "1. aceptar alguna remota e incuantificable posibilidad de un cambio climático a largo plazo, con posibles efectos económicos graves, ó 2. exponerse a determinadas catástrofes económicas y sociales si se aceptan medidas draconianas para evitarlo".

Estudios realizados por la industria energética de los Estados Unidos estiman que la reducción drástica de emisiones de dióxido de carbono producirá un decremento de hasta el 2% de su crecimiento económico; pero eso no es lo más preocupante del asunto: lo peor es que los más perjudicados de tales medidas serán los países pobres, sobre todo los exportadores de petróleo, pues los precios caerán más abajo de los topes históricos conocidos; muchos, incluso, se quedaran con gran parte de las reservas que poseen en las entrañas del subsuelo y los 'eleros' comprenderán, por fin, que su política de voladura de oleoductos no es la más genuina en el momento histórico que vive la humanidad.

Frente a la propuesta ecocéntrica de la adopción del 'principio precautorio' o del 'desarrollo sostenible' de los verdes y otros grupos radicales del ecologismo, Beckerman se arma de un arsenal argumentativo y, desde la óptica de la economía crematística, trata de demostrar cuán absurdas y estúpidas resultan tales propuestas apocalípticas. Su propósito es demostrar que el crecimiento económico seguirá siendo una condición necesaria y, a largo tiempo, será suficiente, para remediar la mayoría de los serios problemas ambientales que afronta el mundo, sobre todo en los países en vías de desarrollo. El crecimiento económico será en el largo plazo la mejor manera para conseguir el bienestar de la sociedad.

Aunque Beckerman, en el análisis acerca de las diferencias que existen entre los problemas ambientales de los países ricos y de los países pobres es temerariamente optimista al plantear que el crecimiento

económico le resuelve todos los problemas a la humanidad, incluyendo los del entorno, la verdad es que su planteamiento no es más que una apología al sistema capitalista imperante o un chiste poco gracioso. La razón es elemental: como es de dominio público, la prosperidad de los países ricos y el bienestar asociado de que gozan sus ciudadanos se han edificado sobre la base de la explotación y esquilmación de los recursos de los países pobres, por una parte, y, por otra, que buen número de los problemas ambientales globales son causados por el excesivo consumo y la industrialización de los países ricos. Si el mundo fuera de ángeles y la riqueza se distribuyera equitativamente, no sólo entre países sino entre individuos, el señor Beckerman tendría razón y, entonces, en el tercer mundo no moriría tanta gente de hambre mientras en los países ricos las multinacionales de la industria alimentaria especula con los alimentos para incrementar sus ganancias.

Como puede verse, esta obra es de lectura apasionante, no sólo para los economistas defensores a ultranza del crecimiento económico sino para aquellos que creen que el crecimiento económico es sólo un aspecto del complejo problema que afronta la sociedad. En ella, el autor hace énfasis en el sentido de que a los temas globales de moda como el cambio climático, el agotamiento de recursos, la pérdida de la biodiversidad, se les da demasiada importancia, en contraste con la otorgada a problemas acuciantes que sufre hoy el tercer mundo, como la falta de agua potable, el acceso a servicios de sanidad, la mala nutrición y la enfermedad.

En pocas palabras: no todo 'lo pequeño es estúpido', ni todo 'lo pequeño es hermoso'.

Close Window